

Dino Armas

La lujuria según Ramiro

Prólogo de Álvaro Loureiro



1ª edición, 2011

Ilustración de cubierta: Angelo Bronzino, *Allegoria del trionfo di Venere*, 1540-1545.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© Editorial Anagnórisis

© Dino Armas, 2011

© Del prólogo: Álvaro Loureiro, 2011

ISBN: 978-84-15507-00-0

Depósito legal: B-40231-2011

Prólogo

La innegable habilidad que Dino Armas despliega para escribir páginas de corte naturalista, a lo largo de las cuales los personajes se expresan tal como lo hacen quienes se agitan y respiran en torno a cualquier espectador, ha provocado que, a menudo, se lo juzgue y encasille con ligereza como cronista de lo cotidiano, naturalista a ultranza, maestro del humor negro que colorea las reacciones de los personajes en trances difíciles, sutil observador de lo que hacen y dicen los integrantes de las clases media y baja, y otros absolutismos. Nada parece tan cierto ni nada, sin embargo, se aleja tanto de la verdad cuando alguien se dispone a clasificar a un dramaturgo que, solo en principio, transita dichos senderos para luego lanzarse a sobrevolar la esfera del grotesco, arañar las márgenes del absurdo y finalmente proponer un universo poético propio donde todo lo anterior se entrelaza y se complementa como para integrar el marco de diferentes tramas -irónicas parábolas

invertidas- acerca de la evasiva realidad, sin que por tal razón haya que señalarle como realista. Armas echa a mano, sin embargo, a ese cúmulo de recursos para proponer cuadros de trazos creíbles -naturalistas para algunos, realistas para otros- que, poco a poco comienzan a adquirir los rasgos de un mundo enrarecido en el que ya no cabe la lógica de lo cotidiano ni los dictados del teatro peligrosamente llamado popular.

Lejos también de dejarse seducir por las facilidades del mero disparate para obtener la risa del espectador, el teatro de Dino Armas siembra cuidadosamente las semillas del grotesco o se aproxima al terreno del absurdo en las escenas previas, de manera que estas brinden después sus frutos al sobrevenir la culminación. De ahí que en *Extraños por la calle* resulta verosímil el hecho de que una familia desalojada se instale en pleno Tristán Narvaja¹ y allí alternarse con los distintos feriantes, un cuadro que, no obstante, se iba deformando al comprobarse que la tal

¹ Es una calle de Montevideo en la cual, todos los domingos, hay una feria famosa, comparada al Rastro de Madrid, al Mercado de las Pulgas de París o el de San Telmo de Buenos Aires.

familia terminaba permaneciendo en la vía pública como si se tratase de uno de los tantos edificios de la ciudad. En la calle pues, esos invasores comían, dormían, reñían, hacía el amor o buscaban entretenerse como si se tratase de un típico núcleo familiar. Similares coordenadas de realidad y absurdo se entrecruzaban en *Sus ojos se cerraron* a propósito de la visión paralela de dos hogares contiguos, en uno de los cuales tiene lugar un velorio, al tiempo que en el otro se realiza una fiesta de casamiento, acontecimientos ambos que una mirada lógica y las exigencias del realismo aceptan sin dilación. Pero, a medida que la acción se desenvuelve, Armas se pertrecha para quebrar otra vez la marcha de los acontecimientos más o menos cotidianos al hacer que varios de los festejantes asomen en la casa de al lado, interrumpen el duelo y rearmen bajo ese techo, con baile incluido, la celebración que acababan de abandonar.

Nada más alejado entonces de las etiquetas del realismo o del naturalismo mediante las cuales se ha querido definir al teatro de Dino Armas, por más que, aún en medio de la locura que comienza a palpitar en el escenario, el espectador

tenga oportunidad de reconocer las pautas del mundo trastocado que nos acerca a todos, día a día. «Por ahora» -piensa quien se sienta en la platea- «lo que estoy viendo no me va a pasar a mí hoy cuando llegue a casa, pero ¿no me sucederá mañana algo similar?» Así, en el sanatorio de *¡Feliz día, papá!*, los médicos y las enfermeras abandonan de buenas a primeras a los pacientes para disponerse a seguir las alternativas de un «ineludible» partido de fútbol en la televisión. Nadie podría creer que tales profesionales pudiesen llegar al extremo de no dejar a su colega de guardia para atender las necesidades de los enfermos y, menos aún, que la posterior celebración de una «victoria celeste» en el citado nosocomio pudiese dar lugar a que el personal y los internados comenzasen a «alternar» dejando de lado los límites de lo establecido. Imposible. ¿Imposible? Absurdo. ¿Absurdo?

La lujuria según Ramiro, por su parte, desde el propio título alude tanto al portador de un nombre similar al de cualquier espectador como a uno de los excesos en que incurren los seres humanos, otras veces tentados por la gula o quizás la ira. En una esfera diferente, el título

propone, asimismo, una especie de juego de palabras que trae a la memoria la religiosidad de términos como «El Evangelio según San XX» de manera de propiciar una parábola invertida cuyas enseñanzas el espectador deberá desentrañar, habida cuenta de que, mientras las parábolas tradicionales brindan ejemplos a seguir o imitar, la parábola invertida de Armas parece estar advirtiéndonos de no caer en la tentación que vence a sus protagonistas. Infaltables elementos cotidianos se cuelan en el retrato de Madruga, un explotador dispuesto a comerciar con el cuerpo de Ramiro, su bello «protegido» que atrae la atención de las señoras ricas. Ramiro, en el fondo, un joven discapacitado, constituye asimismo una imagen deformada de un nuevo Jesús, cuyo padre es ese Madruga a quien le echa en cara su abandono. Compinche de aquel, Marga, es una prostituta decadente que, al igual que la bíblica María Magdalena, se acerca al abandonado Jesús-Ramiro y luego encuentra en Alfredo, el chofer, la posibilidad de una oscura redención. Este último acompaña siempre a Teodora, la rica patrona que probablemente lo utilizara como amante antes de

descubrir los encantos de Ramiro. Teodora, como la poderosa figura femenina central de *La visita de la vieja dama* del suizo Dürrenmatt, dispone del dinero para manejar los destinos de las personas que «compra» como si se tratase de los objetos llamados a otorgarle comodidad o placer. Al lector -y al espectador- le corresponde ahora sumergirse en esta historia -¿lejanamente?- parecida a ciertas realidades.

Álvaro Loureiro

La lujuria según Ramiro
de Dino Armas

Dramatis personae

RAMIRO

MADRUGA

MARGA

ALFREDO

TEODORA

Cuadro primero

Casa de Madruga. Cuando comienza la acción, la escena solamente iluminada por muchas velas. Sonido de lluvia. Un relámpago permite ver tres seres en actitudes casi animalescas. Dos de ellos: Marga y Madruga, sostienen y arrastran al otro –Ramiro– por los brazos. Este aúlla, grita, se retuerce. Lleva puesto un pantalón o slip, sin camisa. Trueno.

RAMIRO (*Gritando:*)- Padre, padre no me abandones...

MADRUGA.- Dale, ponelo ahí. Alcanzame las pastillas. (*O jeringa.*)

RAMIRO.- Tengo frío, padre, tengo frío...

MADRUGA.- Ya sé, ya sé. Enseguida te calmo. (*A Marga:*)
Dale, apurate.

MARGA.- Si, ya voy, ya voy...

RAMIRO.- Vino otra vez, blanco, luminoso... Vino otra vez
y me dijo: seguí así, seguí así...

MADRUGA.- Quedate quieto, quietito...

RAMIRO.- No puedo más... Quiero, quiero ahora...

MADRUGA.- Ya va. Pronto vas a estar tranquilo.

RAMIRO.- Sí, sí...

MARGA.- Toma.

MADRUGA.- Mirá Ramiro, mirá lo que tengo acá.

RAMIRO.- (*Respirando, anheloso.*) Gracias, padre, gracias.
Deme, deme ya...

MADRUGA.- Sí, pero después de esto me tenés que cumplir.

RAMIRO.- Sí, sí...

MADRUGA.- Pero, ¿cumplir bien? Como a mí me gusta.

RAMIRO.- Sí, sí... Lo que quiera...

MADRUGA.- Bueno. Quedate quieto ahora. Tomá. Así, así está bien. Ahora recostate... Así. (*Ramiro cae en un sopor sobresaltado, queda tendido en primer término.*) Tomá. Guardá esto y prendé la luz. (*Marga lo hace. Él va apagando las velas.*) Servime vino.

MARGA.- ¿Otra vez? ¿No te alcanza con todo lo que tomaste?

MADRUGA.- (*Quitándose una túnica blanca y larga que llevaba puesta sobre su ropa.*) ¿Lo pagás vos, que lo cuidás tanto?

MARGA.- No. Pero vos tampoco lo pagás.

MADRUGA.- Lo paga él. (*Brinda.*) Por vos Ramirito. (*Ríe.*)

MARGA.- ¿Hasta cuándo pensás que aguantará?

MADRUGA.- Hasta que yo, el santo padre, quiera.

MARGA.- Hablo en serio.

MADRUGA.- Y yo también. Y el santo padre quiere que él siga trabajando.

MARGA.- No te gastés hablando de santos conmigo. Bastante tengo con oírte todo el día con eso para tener que aguantarte ahora.

MADRUGA.- A Ramiro le gusta.

MARGA.- Es un pobre tipo al que no dejás pensar.

MADRUGA.- ¿Y para qué lo querés dejar pensar? Si así está

bien. Acordate que gracias a ese pobre tipo, como vos decís, podés comer. O me vas a salir ahora con que no te gusta comer o tomar.

MARGA.- Me gustaría que lo dejaras en paz.

MADRUGA.- ¿Y adónde iría? No, está muy bien así.
Trabajando acá.

MARGA.- No me gusta lo que hacés.

MADRUGA.- Lo que hacemos decí mejor. Porque todo lo hacemos juntos. ¿No te gusta, entonces?

MARGA.- No.

MADRUGA.- ¿Querés otra cosa? ¿No será que estás extrañando el yiro? Mirá que ya estás un poco vieja para volver a eso.

MARGA.- ¡Qué te importa a vos como estoy!

MADRUGA.- ¿Precisas otros tipos? ¿No te alcanza conmigo?
¿No te basta cuando lo hacés con el muchacho? Precisés
más, ¿eh? (*Ríe fuerte.*)

MARGA.- Dejate de joder. Ya estás borracho.

MADRUGA.- Te gustaría tenerlo para vos sola, ¿no? Te
quedás siempre con ganas.

MARGA.- Seguís diciendo pavadas.

MADRUGA.- Bien sabés que a él no le gustan las viejas pobres
y las putas con olor a viejas pobres, menos.

MARGA.- ¡Terminala de una vez! No hablés más.

MADRUGA.- Yo no empecé la conversación. Fuistes vos.

MARGA.- Ahora no tengo más ganas de hablar.

MADRUGA.- Pero yo sí. Qué cosa, ¿no? Yo tengo ganas de seguir hablando.

MARGA.- Por mí seguí. Total, por lo que te voy a escuchar...

MADRUGA.- Convencete Marga, a él no le gustás. Se le nota en la cara.

MARGA.- Si no se da cuenta de nada. Lo llenás de droga.

MADRUGA.- Yo sé bien que no le gustás.

MARGA.- ¿Te lo dijo él?

MADRUGA.- (*Irónico, riendo.*) El santo padre lo sabe todo.

MARGA.- Dejá el cuento del santo padre que lo ve todo para él, no para mí.

MADRUGA.- Acordate que gracias a ese cuento conseguís, de vez en cuando, que se encame contigo. (*Ríe fuerte.*) Las veces que no viene nadie y que le digo al oído que otra vez está en él el demonio de la lujuria, que tiene que aplacarlo con lo que tenga a mano. Lástima para vos que sean pocas veces, ¿no? Cada vez la clientela es mayor. Y gracias a ellas puedo tomar este vino tan rico. Dame más.

MARGA.- ¿Vas a seguir tomando?

MADRUGA.- ¿Vos no? Digo yo, si tenés tanto remordimiento y te hacés tanto problema, bien podrías dejar de tomar y así, de paso, me quedaría más para mí. (*Ríe, eructa.*)

MARGA.- Ojalá reventaras.

MADRUGA.- No te voy a dar el gusto. Vas a morirte vos primero. Pero te gustaría que me pelara yo primero, ¿no?

MARGA.- ¿Querés que te diga que no? Claro que me gustaría que te murieras, que reventaras de una vez.

MADRUGA.- ¿Así te quedarías sola con él? Pero no te voy a dar esa alegría. Tengo cuerda para rato.

MARGA.- ¿Nunca pensaste que Ramiro un día se pueda cansar?

MADRUGA.- ¿Y de qué se va a cansar? En el fondo estoy seguro que le gusta ser y hacer de santito.

MARGA.- Tanto como a vos la plata, ¿no?

MADRUGA.- Sí y bien que me gusta. Por suerte el negocio va cada vez mejor. Hoy va a venir otra.

MARGA.- ¿Otra?

MADRUGA.- Y por lo que sé con mucha plata.

MARGA.- ¿Le gustará? (*Señala a Ramiro.*)

MADRUGA.- A vos te gusta, ¿no?

MARGA.- Es distinto. Esas mujeres con plata tienen todo.

MADRUGA.- Todo no. Muchachos como este, no. Si no, no volverían. Si no, no mandarían a sus amigas.

MARGA.- ¿Y quién la manda a esta?

MADRUGA.- La inglesa que viene los miércoles.

MARGA.- ¿Es de confianza?

MADRUGA.- Sí. Está enloquecida con Ramiro. Cuando vuelva este miércoles le voy a aumentar la tarifa.

MARGA.- ¿Por qué? ¿Paga poco?

MADRUGA.- No. Pero le gusta tanto que ahora no va a poder dejarlo. (*Ríe.*)

MARGA.- Te las sabés todas.

MADRUGA.- Es mi negocio. Trato de cuidarlo.

MARGA.- Te gusta la plata.

MADRUGA.- Otra vez con lo mismo.

MARGA.- ¿Y para qué te gusta? ¿Para tenerla guardada como la tenés? ¿Para esconderla?

MADRUGA.- Me gusta tenerla así. Saber que está por ahí escondida. Bien guardada. Que ustedes, vos, él, las clientas, todos, pasan mil veces al día al lado de la plata sin saber que está ahí. Te gustaría saber dónde está Marga, ¿no? Para robármela toda, ¿eh? Si la encontraras me dejarías sin un solo peso...

MARGA.- Algún día la voy a encontrar y...

MADRUGA (*Amenazante:*).- Mejor andá pensando otra cosa.

(*Se para.*) Esa idea sacátela de la cabeza porque si veo que me andás siguiendo o revolviendo algo, te juro que te mato a golpes. (*La agarra de un brazo, la sacude y la aprieta fuerte.*) ¿Me entendés? ¿Me entendés?

MARGA.- Soltame...

MADRUGA.- Te reviento a patadas, a trompadas... Te juro que te mato Marga.

MARGA (*Grita:*).- Me lastimás. No me aprietes más.

MADRUGA.- ¿Vas a dejar de andar atrás de la plata? Decí, decí...

MARGA.- ¡Ay!, sí lo que quieras, lo que quieras. (*Grita.*)

MADRUGA.- Esto... esto no es nada al lado de lo que te puedo hacer. ¿Entendiste?

MARGA.- Sí, sí... pero soltame.

MADRUGA.- Soy viejo pero fuerte todavía. (*La suelta. Ella queda apretándose el brazo, se va a un rincón. Madruga tararea algo o silba, se sirve vino.*)

ALFREDO (*De afuera:*).- Señor Madruga... Señor Madruga.

MARGA.- Alguien te llama.

MADRUGA.- ¿Y...?

MARGA.- ¿No vas a ver quién es?

MADRUGA.- Dejá. Hay que hacerlos esperar.

ALFREDO (*De afuera, más alto:*).- Señor Madruga.

MARGA.- Te dice Señor. Se ve que no te conoce.

ALFREDO (*Más alto, más cerca:*).- Señor Madruga.

MARGA.- ¿Querés que vaya a atender yo?

MADRUGA.- No, dejá. Si tiene interés va a insistir.

Alfredo golpea fuerte las manos.

MARGA.- Menos mal que ya no grita. Si no se alborotaba todo el barrio.

MADRUGA.- Alcanzame la túnica.

MARGA.- (*Alcanzándose la.*) ¿Y si se va?

MADRUGA.- No. Va a esperar o a entrar.

MARGA.- Estás muy seguro.

MADRUGA.- Sí.

MARGA.- ¿Qué te cuesta asomarte y decirle que pase?

MADRUGA.- Tienen que venir a mí.

MARGA.- Ya no golpea.

MADRUGA.- ¿Y?

MARGA.- Ya no llama.

MADRUGA.- ¿Y?

MARGA.- Capaz que se fue. Yo voy a ver. (*Camina.*)

MADRUGA.- No. Esperá.

ALFREDO.- (*Entra. Vestido de chofer, con un paraguas cerrado.*)

Señor Madruga... se... (*Queda callado, sorprendido al*

verlos.)

MADRUGA.- Yo soy Madruga.

ALFREDO.- Disculpen que haya entrado así. Parecía que no había nadie. La señora me dijo que entrara...

MARGA.- ¿La señora?

ALFREDO.- La señora Teodora, mi patrona. Soy su chofer.

MADRUGA.- La señora quiere saber si puede pasar.

ALFREDO.- Sí.

MADRUGA.- Dígale que pase.

ALFREDO.- Enseguida vuelvo. (*Mutis, rápido.*)

MARGA.- ¿Es la nueva?

MADRUGA.- Sí.

MARGA.- ¡Y con chofer!

MADRUGA.- ¿Y que tiene que ver eso?

MARGA.- A vos no te sorprende nada ya. Si tiene auto tendrá mucha plata y...

MADRUGA.- Con auto o sin auto, con chofer o sin chofer, va a tener que pagar.

MARGA.- Más plata para guardar vos...

MADRUGA.- ¿Qué hacés parada? Dale, movete. Prendé las velas. Hay que dar ambiente. Eso les gusta a ellas.

MARGA.- ¿Y Ramiro?

MADRUGA.- Yo me ocupo de él.

MARGA.- ¿Responderá?

MADRUGA.- Claro que sí (*Se arrodilla al lado de él, le murmura al oído, castañetea los dedos.*)

RAMIRO (*Murmura con voz somnolienta, muy bajo, casi inaudible:*).- Sí... sí...

MARGA.- Apurate, ya estará por volver ese con ella.

MADRUGA.- (*Sigue con los dedos. Amenazante a ella:*) Te olvidaste lo que te digo siempre.

MARGA.- ¿Qué?

MADRUGA.- No me gusta que hables con los clientes.

MARGA.- Ese no era un cliente.

MADRUGA.- Para hablar estoy yo. Acordate que acá estás de

lástima. ¿O querés que te eche de una vez?

MARGA.- ¿Y vos querés que yo vaya a la policía y cuente dos o tres cositas tuyas que sé?

MADRUGA.- ¿Me estás amenazando?

MARGA.- Te estoy avisando.

MADRUGA.- Y yo te aviso que te estás pasando de la raya.

Ramiro se queja.

MARGA.- ¿Qué le hacés?

MADRUGA.- No te metás.

MARGA.- No me grites.

MADRUGA.- ¿Vas a terminarla o no? *(Casi gritando, queda*

callado cuando entra el chofer. Trae el paraguas abierto. Lo comienza a cerrar. Pausa. Se miran. Marga se aparta a un costado.)

ALFREDO.- La señora viene ya.

Entra Teodora. Vestida de blanco, con guantes y sombrero importante. Mira todo fríamente.

TEODORA.- Alfredo, páguele al señor y espéreme en el auto.

ALFREDO.- Bien señora. Sírvase (*Entrega un sobre a Madruga. Hace mutis, silencio.*)

MADRUGA.- (*Con el sobre en la mano.*) Todavía no sabe el precio de la mercadería.

TEODORA.- Ahí tiene más de lo que paga mi amiga. Bastante más. ¿Quiere contarlo?

MADRUGA.- Si usted lo dice no preciso hacerlo. (*Guarda el sobre.*)

MARGA.- (*Intentando ser amable.*) ¿Gusta sentarse? (*Le ofrece una silla vieja que trata de limpiar.*)

Teodora la mira con distancia.

MADRUGA.- Marga, dejá eso.

MARGA.- Pero yo quería...

MADRUGA.- Andá, andá, sentate vos por allá mientras yo hablo con la señora. (*Marga se sienta, comienza a tomar vino.*)

TEODORA.- ¿Es su esposa?

MADRUGA.- No.

TEODORA.- ¿Su compañera, entonces?

MADRUGA.- En realidad, ¿le interesa saberlo?

TEODORA.- No. Realmente no.

MADRUGA.- Quiere ver a... la mercadería (*Con intención.*)

TEODORA.- Supongo que estará en buen estado.

MADRUGA.- Ninguna se quejó.

TEODORA.- ¿Alguna enfermedad?

MADRUGA.- ¿Cómo se le ocurre? Tengo certificados que puedo mostrarle y todos con fecha vigente. Está perfectamente controlado. ¿Los quiere ver?

TEODORA.- (*Sacándose los guantes.*) Como usted antes, me basta con su palabra.

MADRUGA.- Favor que me hace.

TEODORA.- Es él, ¿no?

MADRUGA.- Sí. Está dormido. ¿Quiere que se lo despierte?

TEODORA.- No, déjelo así... (*Lo mira.*)

MADRUGA.- Es lindo, ¿no? Y tan joven... Pero trabaja mucho y tiene que dormir... tiene brazos largos. (*Le levanta los brazos.*) Mire qué piel tan suave.

TEODORA.- Sí. (*Lo toca apenas.*)

MADRUGA.- ¿Siente el vello de los brazos?

TEODORA.- Es alto.

MADRUGA.- Sí. ¡Mire qué piernas!

TEODORA.- Bien (*Camina.*)

MADRUGA.- Pero la señora querrá ver mejor la mercadería,
¿verdad?

TEODORA.- Así está bien.

MADRUGA.- Me gusta conformar a las clientas y sobre todo
conformar a las clientas nuevas. Enseguida lo despierto.
Marga atendé un poco a la señora.

MARGA.- (*Que ha estado bebiendo.*) ¿Qué? Eh...

MADRUGA.- Que atiendas a la señora mientras despierto a
Ramiro.

MARGA.- Ah, sí, sí... (*Levantándose, se tambalea.*) Venga
señora, venga para acá. A Madruga no le gusta que le
estén tan encima cuando atiende a Ramiro. (*La mujer
camina hacia ella. Madruga se inclina sobre Ramiro. Le*

frota el pecho fuerte. Comienza a repetir el nombre de él como un cántico, primero suavemente y luego más fuerte. Mientras tanto Ramiro se va quejando y Marga intenta tener una conversación con Teodora.) Sentarse, no. Ya me dijo que no quería sentarse. Me lo dijo, ¿no? ¿Un vaso de vino? Mire que es del bueno. Es el que toma Madruga. ¿Capaz que es de los que le gustan a usted? ¿No? ¿No quiere entonces? Bueno, mejor. *(Se lo toma de un trago.)* Lindo color. ¿De verdad no quiere? ¿Está nerviosa? *(Teodora la mira.)* No, usted no está nerviosa. No es como las otras que siempre vienen como a escondidas, como apuradas, con miedo de que alguien las vea, con miedo a hablar. Usted es distinta... Linda ropa. Buena. *(Se señala la ropa de ella.)* Antes, antes yo podía vestir bien. Me pintaba, así como usted. Me perfumaba toda. *(Ríe.)* Las otras me tenían envidia. Todas. Me decían siempre: Marga, ¡qué linda ropa que tenés, que lindas pulseras, qué perfume! ¿Qué les das a los tipos para conseguir todo eso? ¿Cómo hacés? *(Madruga ha suspendido el cántico y ahora murmura palabras en el oído de Ramiro. Es un murmullo cada vez*

más fuerte. Ramiro de tanto en tanto va diciendo: «Sí, padre, ahora». Primero no se entiende lo que dice, luego se hace más clara y sonora su voz.) Los volvía locos. Conseguía de los hombres las mejores ropas, las mejores pinturas. Todo, todo lo que se me antojaba. Y los hombres que quería también. Rubios, negros, casados, solteros. Me bastaba con mirarlos o sonreírles y llevármelos a la cama. Ahí los enloquecía (*Ríe.*) y me daban lo que yo les pedía... Antes, antes sí... Si se me hubiera ocurrido tener a un chofer, así como el suyo, lo hubiera tenido también. Tuve plata, cosas, joyas... Ahora... (*Tomando.*) Qué me importa ahora con tal de tener un techo, comida... y a Ramiro. (*Teodora la mira. Enciende un cigarrillo, lo coloca en una larga boquilla.*) Sí. A Ramiro. Y sin pagarlo. Sin dar un solo peso. A él le gusto. Me quiere, ¿sabe? (*Teodora sonríe.*) ¿No me cree? El me ve distinta. Me sabe ver... No sé como decirlo... pero es... es como que me sabe ver atrás de esta ropa, de este pelo... Es como si me viera por dentro... Eso. Eso es: me ve adentro... donde yo soy yo. ¿Me entiende? (*Teodora le da la espalda, camina. Ramiro*

y Madruga comienzan a incorporarse. Todo, hasta el final irá en un crescendo: el murmullo de Madruga, las respuestas de Ramiro, la voz de Marga, el sonido de la lluvia.) Yo no le tengo que pagar nada. Él me pide, me ruega que me acueste con él. De mañana, de noche, todos los días. Yo hay veces que no quiero pero él insiste. Ramiro me dice: «Ahora Marga, ahora tiene que ser». Ramiro me dice: «Vamos ahora...»

MADRUGA.- *(Al lado de Ramiro, ya parado de espaldas al público, repite al mismo tiempo que Marga.)* Vamos, ahora...

MARGA *(Bajo):*.- Ramiro...

MADRUGA.- Ahora Ramiro...

TEODORA.- Ramiro... *(Pausa. Lo mira.)*

MADRUGA.- Ahora sí señora. Es suyo. *(Marga se tira en un rincón.)* Es suyo por un rato... ¿Lo quiere ver mejor?

TEODORA.- (*Sin moverse.*) Eran verdes...

MADRUGA.- ¿Qué?

TEODORA (*Bajo:*).- Me preguntaba qué color de ojos tendría...

MADRUGA.- (*Ríe.*) Me imagino que a usted no solo le interesan los ojos de Ramiro. Él, como bien lo sabrá por su amiga, tiene otras cosas interesantes. La señora querrá verlo también antes, ¿no? (*Le baja el cierre del pantalón o el slip. Ramiro queda desnudo, de espaldas al público.*) Bueno, ahora sí, es suyo. Suyo por el tiempo que dure esto. (*Por el sobre.*) Adelante, señora Teodora, adelante.

Madruga se aparta, va hacia donde está Marga. Le saca el vaso. Lo toma. Ella murmura algo. Él la empuja, Marga cae adormilada, murmurando siempre. Al mismo tiempo que Madruga deja el vaso y saca el dinero del sobre y lo cuenta, Teodora comienza lentamente a moverse hacia Ramiro.

TEODORA (*Murmurando bajo, casi sin oírse*):- Ramiro...
Ramiro... (*Cuando llega hacia él la abraza fuerte. Apagón.*
Un relámpago los vuelve a mostrar en la misma actitud.
Apagón y sonido de lluvia.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

Cuadro segundo

Marga sola. Camina. Mira hacia fuera. Algún gesto de contrariedad. Toma una revista vieja, la hojea. Aparece Alfredo.

ALFREDO.- ¿Puedo pasar?

MARGA.- ¿Qué?

ALFREDO.- Si puedo pasar.

MARGA.- (*Ríe.*) Sí, claro que sí.

ALFREDO.- ¿De qué se ríe? ¿De mí?

MARGA.- No, de usted no...

ALFREDO.- Entonces, ¿de qué?

MARGA.- Me río de lo que dijo.

ALFREDO.- ¿Qué dije? Si no dije nada.

MARGA.- Pidió... permiso...

ALFREDO.- ¿Y eso la hace reír?

MARGA.- Es que acá entra todo el mundo y nadie pide permiso, y menos que a nadie a mí.

ALFREDO.- (*Sacándose el saco.*) Yo no le veo la gracia.

MARGA.- Para mí la tiene.

ALFREDO.- ¿Un cigarrillo?

MARGA.- ¿Son rubios?

ALFREDO.- Sí.

MARGA.- Entonces sí. Nunca pude fumar cigarrillos negros.
¡Lindo encendedor!

ALFREDO.- Sí, es lindo.

MARGA.- A verlo. Esta A es por Alfredo, ¿no?

ALFREDO.- Sí.

MARGA.- Cuesta caro grabar una letra, ¿no?

ALFREDO.- No sé. Venía así.

MARGA.- ¿Lo compró así?

ALFREDO.- Me lo regalaron así.

MARGA.- ¿La señora Teodora?

ALFREDO.- Sí.

MARGA.- ¿Se lo regaló por lo bien que maneja?

ALFREDO.- Tenía ganas de regalármelo.

MARGA.- ¿Hace mucho que trabaja para ella?

ALFREDO.- Casi cuatro años.

MARGA.- Yo hace cuatro años no estaba acá... Estaba por...
pero para qué hablarle de mí... A nadie le interesa saber
lo que le pasó a alguien que vio dos o tres veces...

ALFREDO.- Más veces...

MARGA.- ¿Saca la cuenta de los días que viene con su
patrona?

ALFREDO.- No, pero...

MARGA.- Habría que preguntárselo a Madruga. Ese sí que lleva la cuenta. Día por día y hora por hora (*Ríe.*) Te voy a tutear, ¿puedo?

ALFREDO.- Puede.

MARGA.- Al fin y al cabo no soy mucho mayor que vos, ¿no? Unos pocos años, no más... ¿Te mandó Madruga para acá?

ALFREDO.- Me mandó la señora.

MARGA.- Ya te va a mandar él. ¿Y dónde quedó?

ALFREDO.- Al lado del auto.

MARGA.- No se despega de Ramiro. Milagro que dejó que lo llevara.

ALFREDO.- ¿Qué dice?

MARGA.- ¿No me vas a tutear total?

ALFREDO.- Es que me cuesta...

MARGA.- Che, ya te dije que no soy tan vieja...

ALFREDO.- Es que no es mi costumbre.

MARGA.- Sos de afuera, ¿no?

ALFREDO.- Sí.

MARGA.- Como Ramiro. Él también es de afuera... La gente de afuera parece más sana, más linda, más buena ...

ALFREDO.- Gracias por lo que me toca.

MARGA.- No hablaba de vos. Casi no te conozco. ¿Sos así?

ALFREDO.- ¿Soy así?

MARGA.- Ramiro es así.

ALFREDO.- Siempre hablás de Ramiro.

MARGA.- Me tuteaste. Fue fácil, ¿no?

ALFREDO.- Sí. No me contestaste.

MARGA.- ¿De qué signo sos?

ALFREDO.- No sé.

MARGA.- ¿No sabés?

ALFREDO.- No creo en esas cosas. No me importan.

MARGA.- A mí sí. Diarios o revistas que encuentro, lo primero que hago es leer el horóscopo. Pero, ¿de verdad no sabés qué signo es el tuyo?

ALFREDO.- No, de verdad.

MARGA.- A ver, decime, ¿qué día naciste?

ALFREDO.- 14 de octubre.

MARGA.- Ah, entonces sos de libra. La balanza. Lindo signo.
Son soñadores, con inclinaciones artísticas.

ALFREDO.- No, no creo que yo...

MARGA.- No, sabés. Espera que te leo acá lo que te salió.
(*Busca la revista.*) Es una revista vieja, pero a mí no me importa. Me gusta leerlos igual. Libra dijimos. Dice así: «Después del día 11, Mercurio y el Sol entran en el signo amigo Géminis, facilitándole de nuevo todas las tareas. Viaje o mudanza pronto. Posible carta muy esperada de una persona que se encuentra lejos.» ¡Una carta! ¿Viste? Capaz que es algún familiar de afuera que...

ALFREDO.- No tengo ningún familiar que me escriba.

MARGA.- ¿Una amiga? ¿O un amigo?

ALFREDO.- Tampoco.

MARGA.- No importa. Acá dice que vas a recibir una carta.

A lo mejor te mandan una de esas cadenas que hay que seguir por cartas. Yo soy de Aries y todo lo que está en la revista me está saliendo. Dice que... ¿Me escuchás? Me estás escuchando. ¿Qué mirás?

ALFREDO.- (*Se mueve.*) Nada.

MARGA.- (*Ocupa el lugar de él.*) De acá se ve el auto. ¿Eso mirabas? ¡Pavada de auto tienen! ¿Viste a Madruga? Parece un loco. Da vueltas y vueltas alrededor del auto... Suerte que la casa más cerca está en la esquina, que sino... Parece un perro dando vueltas alrededor de su hueso... Parece un lobo...

ALFREDO.- Le cuesta separarse de Ramiro.

MARGA.- Tanto como le cuesta a tu patrona. Empezó viniendo los jueves. Después dos días a la semana, ahora tres... El marido, digo yo, no le dice nada?

ALFREDO.- Está muy ocupado.

MARGA.- ¿Tanto como para no darse cuenta?

ALFREDO.- Siempre está viajando.

MARGA.- ¿No es celoso?

ALFREDO.- No debe ser.

MARGA.- ¿Y vos?

ALFREDO.- ¿Yo qué?

MARGA.- No te hagas el bobo. ¿Vos no estás celoso de Ramiro?

ALFREDO.- ¿Por qué iba a estar celoso?

MARGA.- ¿No me dijiste recién que tu patrona te regaló ese encendedor?

ALFREDO.- ¿Sí y que?

MARGA.- Por manejar bien no te lo regaló, ¿no? ¿O te lo dio por las horas extras?

ALFREDO.- Yo lo que no quiero es perder mi trabajo. No veo y no oigo si no quieren que vea ni oiga. Y así estoy bien.

MARGA.- ¿El auto es de ella o del marido?

ALFREDO.- De ella. Todo es de ella.

MARGA.- ¿Por qué se ven los vidrios tan oscuros de acá?

ALFREDO.- Deben tener las cortinas cerradas.

MARGA.- Qué caprichosa, ¿no?

ALFREDO.- ¿Por qué?

MARGA.- Quería hacerlo en el auto y no acá. Al fin y al cabo todo es lo mismo, ¿no? ¿Me das otro cigarrillo?

ALFREDO.- Sí.

MARGA.- Si yo tuviera plata... Tanta plata como tiene ella...

ALFREDO.- ¿Qué harías?

MARGA.- Me llevaría a Ramiro lejos de acá. Bien lejos. A un lugar donde Madruga no nos encontrara nunca...

ALFREDO.- Capaz que ella quiere lo mismo...

MARGA.- ¿Te lo dijo?

ALFREDO.- No. Pero está entusiasmada. Muy entusiasmada.

MARGA.- Estará entusiasmada igual que con un vestido o un perfume nuevo. Después que se le pase la novedad y no los usa más... Mirá, se abrió el coche. Ahí salió. ¿Tenés que ir?

ALFREDO.- Me mandó que la esperara acá.

MARGA.- Te manda esto, te manda lo otro. ¿No estás cansado?

ALFREDO.- Es parte de mi trabajo.

MARGA.- Ahí vienen para acá. (*Alfredo se pone el saco.*)
¿Tampoco te deja sacar el saco? Para unas cosas es muy formal y para otras... Ramiro no viene con ellos. ¿Qué habrá pasado? (*Entra Teodora. Detrás de ella Madruga.*)

TEODORA.- Está bien Alfredo. Espéreme en el auto.

ALFREDO.- Sí señora. (*Mutis.*)

MADRUGA.- Marga, andá con Ramiro. Quédense afuera hasta que los llame.

MARGA.- ¿Cómo está señora? (*La otra no contesta.*)

MADRUGA.- Andá de una vez.

MARGA.- Voy, voy, qué tanta cosa. (*Mutis.*)

MADRUGA.- Ahora estamos solos como quería. Ahora podemos hablar.

TEODORA.- (*Saca una petaca, se arregla el maquillaje.*) No me gusta hablar en la calle.

MADRUGA.- Bueno, ahora no estamos en la calle.

TEODORA.- Voy a volver mañana.

MADRUGA.- No, mañana es imposible.

TEODORA.- ¿Por qué?

MADRUGA.- Mañana Ramiro está ocupado.

TEODORA.- Quiero venir mañana.

MADRUGA.- Pasado es su día.

TEODORA.- (*Cerrando con fuerza la petaca.*) No quiero discutir.

MADRUGA.- No estamos discutiendo.

TEODORA.- ¿Cuánto más me puede costar si vengo mañana?

MADRUGA.- No va a poder ser, ya le dije.

TEODORA.- (*Abre su cartera.*) ¿Un billete así?

MADRUGA.- La señora de mañana tiene el día pedido desde hace quince días.

TEODORA.- ¿Otro billete más?

MADRUGA.- Es una clienta de tiempo y no me gustaría que se molestase...

TEODORA.- Terminemos de una vez. (*Quitándose un anillo.*)
¿Si le doy esto, está bien?

MADRUGA.- (*Estira la mano, ella la cierra, pequeña pausa.*) Creo que le voy a avisar a la otra señora que tenemos que cancelar la visita porque Ramiro está... está engripado, muy engripado...

TEODORA.- (*Cubriendo la mano.*) Entonces, ¿mañana a la misma hora?

MADRUGA.- (*Tomando el anillo.*) Mañana a la misma hora.
(*Teodora camina.*) Ah, pero con una sola condición.

TEODORA.- ¿Todavía con condiciones? ¿No le parece demasiado?

MADRUGA.- No se olvide que Ramiro es mío.

TEODORA.- No, no me olvido.

MADRUGA.- ¿Entonces?

TEODORA.- ¿Cuál es la condición?

MADRUGA.- Que mañana no sea en el auto. Tiene que ser acá.

TEODORA.- ¿Por qué?

MADRUGA.- Puede perjudicarme. Puede perjudicarnos.

Puede pasar alguien. Alguno puede ver...

TEODORA.- ¿Y acá no nos pueden ver?

MADRUGA.- Acá estoy más tranquilo.

TEODORA.- Bueno.

MADRUGA.- ¿Ve como nos entendemos bien?

TEODORA.- Supongo que usted va a estar, que se va a quedar.

MADRUGA.- Por supuesto.

TEODORA.- Entonces usted va a ver, va a oír...

MADRUGA.- Bien sabe que soy muy discreto.

TEODORA.- Entonces, ahora, yo voy a ponerle una condición.

MADRUGA.- Pero no...

TEODORA.- ¿No? Usted me puso una condición que yo voy a cumplir.

MADRUGA.- Sí.

TEODORA.- Entonces yo estoy en todo mi derecho de proponerle otra.

MADRUGA.- ¿Cuál sería?

TEODORA.- Ya que se va a quedar quiero que mientras yo esté con Ramiro usted se vende los ojos.

MADRUGA.- Pero, ¿por qué?

TEODORA.- Esa es mi condición.

MADRUGA.- Me puedo dar vuelta, quedar de espaldas...

TEODORA.- Ya me oyó. ¿No lo va a aceptar?

MADRUGA.- Me parece, no sé, algo tan increíble, tan...

TEODORA.- Yo acepté su condición.

MADRUGA.- Pero no le veo ningún sentido.

TEODORA.- Para mí lo tiene. ¿Acepta o tengo que pedirle que me devuelva el anillo?

MADRUGA.- No... si es su gusto, me vendaré los ojos. (*Entra Marga.*)

MARGA.- Entramos porque va a llover... y Ramiro está tan desabrigado y... y yo también tengo frío y...

MADRUGA.- ¿Alguien te preguntó algo? (*Descargando su rabia en ella.*) ¿Siempre tenés que explicarlo todo? Te dije que quería que esperaran afuera hasta que yo los

llamara.

MARGA.- Estoy aburrida de estar ahí afuera.

MADRUGA.- ¿Aburrida con tu Ramirito?

TEODORA.- Me voy. Recuerde, Madruga lo que le dije. (*Entra Ramiro.*)

MADRUGA.- Sí, señora, pierda cuidado.

TEODORA.- (*Saliendo, al pasar al lado de Ramiro se para delante de él. Le levanta el mentón, le acaricia la cara.*) Hasta mañana Ramiro, hasta mañana. (*Sale.*)

MARGA.- ¿Dijo hasta mañana?

MADRUGA.- Sí, ¿y eso que tiene que ver?

MARGA.- ¿Lo dijo por decir o...?

MADRUGA.- ¿A vos qué te importa? ¿Por qué tenés que andar escuchándolo todo?

MARGA.- ¿De verdad piensa venir mañana a ver a Ramiro?

MADRUGA.- Sí.

MARGA.- Pero mañana es el día de otra clienta. ¿Cómo va a venir ella?

MADRUGA.- (*Caminando hacia delante, tirando el anillo al aire y recogiénolo.*) La señora va a volver mañana.

MARGA.- Pero, al final, ¿va a venir todas las veces que ella quiera?

MADRUGA.- No. La señora va a venir hasta que yo quiera.

MARGA.- Pero al final...

MADRUGA.- Basta. Terminala de una vez.

MARGA.- ¿Pero por qué?

MADRUGA.- Porque yo quiero y nada más. ¿Entendés? Y ya lo sabés. La señora Teodora va a venir mañana. También va a venir mañana. *(Ríe bajo y sigue jugando con el anillo. Marga le da la espalda y camina hacia Ramiro; cuando llega hacia él le estira la mano para tocarlo. Oscuridad.)*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

Cuadro tercero

Ramiro acostado en el suelo. Tiene unas postales. Las mira rápido, serio. Después las guarda debajo de su cuerpo. Toma otras, sonríe. Las acaricia. De afuera se oye la voz de Marga. Él se incorpora un poco.

MARGA (*De afuera:*).- Paraguas de mierda. (*Entra empapada, con un bolso de compras.*) Paraguas de porquería. Justo vino a rompérseme hoy. Mirá, mirá como estoy. (*Sacándose los zapatos.*) Mirá cómo me quedaron. Y era el único que tenía (*Los tira.*) Pensé que no llegaba. No doy más. Cada vez la gente molesta más y con la lluvia, ¡no te digo nada! Parece que se pusieran peor. No voy más a la feria un día así. Si quiere algo que se lo compre él. Qué manía de hacerme ir a la feria todos los domingos. Que

esto es más barato, que lo otro es más fresco. Pero claro, él no aguanta los pisotones de la gente, los empujones, el ir y venir cargada. Más barato, más barato para él que se queda acá. ¿Y dónde está? (*Ramiro se encoge de hombros.*) No llegó todavía? (*Ramiro niega.*) ¿Dónde andará? ¿Quieres una manzana? (*Él asiente*) ¿Te la pelo? (*Él niega.*) A mí también me gusta más con cáscara. Tomá. (*Se sienta al lado*) ¿Qué hiciste?

RAMIRO.- Nada.

MARGA.- ¿Dormiste?

RAMIRO.- Sí.

MARGA.- ¿Qué tenés ahí? (*Él se las tiende sonriendo.*) ¡Ah, postales! ¿Te las dio ella ayer?

RAMIRO.- Sí.

MARGA.- ¡Qué porquería! Te podía haber regalado algo mejor, ¿no? Algo más útil. La Torre Eiffel... Para qué quieres ver vos la Torre Eiffel. El Coliseo... ¡Qué estupidez! (*Tira algunas, él las recoge.*) ¿Y por qué te gustan?

RAMIRO (*Bajo:*).- Son mías... son mías.

MARGA.- Y si yo ahora te las tirara a la basura...

RAMIRO.- No, Marga...

MARGA.- ¿Para qué te sirven? ¿Para qué las quieres?

RAMIRO.- Me gusta mirarlas...

MARGA.- ¿Mirar qué? Si son todas cosas antiguas, viejas (*Se ríe.*) Viejas y antiguas como ella.

RAMIRO.- Me gustan los colores...

MARGA.- Para eso mirá por la ventana.

RAMIRO.- Me gusta tocarlas... tan suavécitas...

MARGA.- Ah, sí. (*Camina.*) Mirá, mirá lo que hago con las postales de tu amiga Teodora. (*Comienza a romperlas, despacio.*)

RAMIRO.- (*Caminando detrás de ella, casi llorando*) No, Marga, no...

MARGA.- Adiós Torre Eiffel. (*La rompe.*) Adiós Roma. (*La rompe.*) Adiós Costa Azul...

RAMIRO.- No, Marga, no. Dámelas.

MARGA.- (*Al llegar ella al lugar donde él estaba acostado, ve las otras postales*) ¿Y esto? ¿Más todavía? (*Las agarra.*) ¡Tomá! Estas no son de ruinas. ¡Vieja degenerada! ¡Así que le gusta ver esas chanchadas! ¡No le alcanza con

hacértelas! ¿Madruga las vio? (*Niega.*) A él le van a gustar. (*Las guarda.*) No te enojás si se las doy, ¿no?

RAMIRO.- (*Niega con la cabeza.*) Dame las otras. Dámelas.

MARGA.- ¿De verdad te gustan tanto? (*Ramiro asiente. Ella se encoge de hombros.*) Tomalas entonces. (*Ramiro las toma rápidamente. Recoge los pedazos de las otras y trata de armarlas en el suelo.*) Pero mirá que esa Teodora es bien completita, ¿eh? Hasta fotos te trae. (*Se ríe.*) Yo no preciso fotos, ni nada para hacerlo bien. Y sé que lo hago muy bien... ¿o no? (*Se acerca insinuante a él.*) ¿Por qué no aprovechamos ahora que no está Madruga...? ¿No tenés ganas? (*Él se aparta.*) ¿Cuánto hace que no lo hacemos? (*Él se aparta más.*) No me digas que ahora solo pensás dedicarte a ella en cuerpo y alma. (*Cuando él va a contestar golpean las manos.*) ¿Quién será? ¿Esperás a alguna clienta? (*Él niega, ella va a la puerta.*) ¿Sí? ¿Pero quién es! Pasá.

ALFREDO.- Buenas tardes...

MARGA.- Para nosotros es todavía buen día. Pasá, pasá. No te quedés ahí parado. ¿Qué mensaje nos trae hoy de su patrona?

ALFREDO.- Ninguno.

MARGA.- ¿Ninguno? ¿Y entonces qué...? (*Queda callada.*)

ALFREDO.- Entonces qué hago acá, ¿no?

MARGA.- Sí.

ALFREDO.- Y, como era mi día libre... (*Se encoge de hombros.*)

MARGA.- ¿Y no me diga que pensó pasarlo acá con nosotros?
(*Leve burla.*)

ALFREDO.- ¿Por qué? ¿No se puede?

MARGA.- Se puede, sí.

ALFREDO.- Pasa que me aburrí de andar solo por ahí. Ya me conozco todos los bares...

MARGA.- Que pensaste en venir acá. Bien hecho. Total, ahora somos casi una familia, ¿no? Vos y Teodora vienen tan seguido que ya son como de la casa.

ALFREDO.- ¿No los molesto entonces?

MARGA.- A nosotros, por lo menos, no nos molestás. ¿Verdad Ramiro? (*Este asiente.*)

ALFREDO.- ¿Y Madruga?

MARGA.- No está. Pero no te quedés ahí parado. Hacé algo.

ALFREDO.- ¿Qué querés que haga?

MARGA.- Que sé yo. Que te sientes o que camines. ¿A vos hay que ordenarte todo? ¿Si no te mandan no sabés que hacer? Dame el pilot. (*Él se lo da. Mirándolo todavía parado*) ¿Y?

ALFREDO.- (*Sentándose.*) ¿Está conforme ahora?

MARGA.- (*Poniendo el pilot en la otra silla.*) ¿Otra vez con el usted? (*Marcado.*) Sí, si usted está conforme, yo también. Qué manía esa, ¿eh?

ALFREDO.- ¿La del usted?

MARGA.- ¿Qué? ¿Tenés otras?

ALFREDO.- Sí, tomar mate por ejemplo. (*O café.*)

MARGA.- ¿Amargo o dulce?

ALFREDO.- Amargo, por supuesto.

MARGA.- ¿Querés que prepare uno ahora?

ALFREDO.- Bueno, si vos querés. (*Marca lo del vos.*)

MARGA.- Muy bien, así me gusta. Mirá, justo compré yerba (*O café.*) en la feria. Barata pero parece buena. Tomá, miralas, si querés entretenerte un poco. (*Le da las postales pornográficas.*) Mientras yo apronto todo. (*Mutis*)

ALFREDO.- ¿Son tuyas?

MARGA (*De adentro:*).- No.

ALFREDO.- De Madruga entonces.

MARGA.- Son de tu patroncita. ¿No la conocés vos? Ay, me quemé un dedo. (*Siempre de adentro:*) Hay que decirle a Madruga cuando vuelva que queda poco gas. Parece que Teodora las usa cuando viene a visitar a Ramiro. Será para inspirarse como los poetas. (*Ríe. Entrando,*

soplándose el dedo o mojándose con saliva.)

ALFREDO.- Tomalas.

MARGA.- ¿No te gustan? *(Las deja sobre la mesa.)*

ALFREDO.- No me van ni me vienen.

MARGA.- A vos te gusta lo verdadero, ¿no? *(Insinuándose.)*
Algo bien real, ¿no?

ALFREDO.- Sí, eso de las fotitos es para los viejos.

MARGA.- O para los que no sirven...

ALFREDO.- Por lo que sé Ramiro tampoco las precisa.

MARGA.- No, claro que no.

ALFREDO.- Entonces, ¿por qué Ramiro las mira tanto?

MARGA.- Ah, esas. (*Tira de una postal.*)

RAMIRO.- No... No...

MARGA.- Dámela Ramiro, enseguida te la doy.

RAMIRO.- No...

MARGA.- Es para que Alfredo vea lo lindas que son. Dame
(*Le saca dos o tres.*) Mirá, ahí tenés lo que le gusta a
Ramiro.

ALFREDO.- ¿A ver? (*Las mira, sonrío.*)

MARGA.- Y, ¿qué me contás? En algunas cosas es como un
chiquilín chico. Ah! ya está el agua. (*Mutis. De adentro
canta o tararea algo. Alfredo queda con las tarjetas en la mano.
Ramiro se levanta, camina un paso o dos hacia Alfredo, con
un gesto estira la mano. Alfredo se levanta, camina un poco,
estira las tarjetas hacia Ramiro. Pausa, quietos, en posición*

casi idéntica se miran. Alfredo, después de un momento se acerca a él y se las pone en la mano.)

ALFREDO.- Tomá. A mí también me gusta mucho. *(Ramiro las toma rápidamente y se las guarda en un bolsillo.)* ¿Te alcanzo las otras? *(Ramiro niega, Alfredo se encoge de hombros, pequeña pausa, se miran y al mismo tiempo se dan vuelta y vuelven a sus lugares.)*

MARGA.- *(Entra con el mate o el café.)* ¿Querés comer algo?

ALFREDO.- No.

MARGA.- Yo tengo que comer algo, si no se me revuelve todo el estómago. Tomá. ¿Te acordaste de tomar las píldoras, Ramiro?

RAMIRO.- No.

MARGA.- Siempre hay que andar atrás de él para que se

acuerde. Ya te las doy. (*Mutis.*)

ALFREDO.- ¿Siempre hablas tan poco? (*Ramiro sonríe.*) Al principio pensé que eras mudo. ¿Te gusta lo que hacés?

RAMIRO.- ¿Qué?

ALFREDO.- ¿Si te gusta tu trabajo con las mujeres? (*Marga entra, los dos quedan en silencio.*)

MARGA.- Hay que decirle a Madruga que traiga más píldoras de las verdes, estas son las últimas. Te traje bastante agua. (*Le da un vaso y tres o cuatro píldoras. Ramiro las toma.*) Parece mentira. Hay que andar atrás de él para que se acuerde de tomarlas.

ALFREDO.- ¿Son vitaminas?

MARGA.- Son un poco de todo. Madruga las trajo.

ALFREDO.- ¿Se las recetó algún doctor?

MARGA.- Sí, el doctor Madruga. (*Ríe.*)

RAMIRO.- Ya tomé. (*Estira el vaso.*)

MARGA.- ¿Querés más agua?

RAMIRO.- No...

MARGA.- ¿Te quedó gusto amargo?

RAMIRO.- No. (*Se recuesta, busca la posición fetal.*)

MARGA.- ¿A que no sabés lo último que se le ocurrió ahora
a tu patrona?

ALFREDO.- No.

MARGA.- No lo vas a creer.

ALFREDO.- De Teodora se puede creer todo.

MARGA.- (*Saca del cajón de la mesa dos vendas.*) Esto es lo último. Mirá.

ALFREDO.- ¿Qué me das?

MARGA.- ¿No ves? Dos vendas.

ALFREDO.- ¿Vendas? ¿Y qué tiene que ver eso con...?

MARGA.- ¿Con Teodora? Todo. Eso es lo último que exige.

ALFREDO.- ¿Pero para qué las usa? ¿Cómo?

MARGA.- ¿Querés ver cómo? (*Él asiente.*) Nosotros te vamos a mostrar. Ramiro, ¿tenés ganas de jugar? (*Ramiro adormilado murmura algo, se da vueltas.*) No importa, igual vamos a jugar. Te voy a actuar. Prestame tu sombrero un momento.

ALFREDO.- ¿Qué hacés?

MARGA.- Esperá un momento. Siempre me gustó ser actriz. Creo que me equivoqué de carrera. Además, las putas, perdón, las prostitutas o meretrices, como diría Teodora, somos un poco actrices en el fondo. Tenemos que comportarnos delante de cada tipo como ellos quieren que seamos. Si vos fueras mi cliente yo podría ser tímida como una violeta o fiera como un león. Como vos me lo pidieras (*Mientras ha dicho esto ha ido tendiendo el pilot sobre la silla.*) Yo soy esta silla (*La coloca al lado de él.*) Vos tenés esto así (*Le da una venda.*) y la otra para mí (*La pone sobre la silla.*) Ahora pensá que en este momento vos sos Madruga. Y Ramiro, es Ramiro y, como siempre, está allá acostado (*Mira todo.*) Bueno, ya está todo bien. Y yo, yo soy Teodora. Este es mi sombrero último modelo. Ah! me falta algo. Dame un cigarrillo. (*Él busca.*) Me faltaría la boquilla, pero eso te lo imaginás, ¿no? (*Le da el cigarrillo.*) Perfecto. (*Ese lo enciende.*) Bueno, ahora hago como que entro. (*Imita la*

afectación de Teodora al caminar, al fumar.) Bien Alfredo, espéreme en el auto. ¿Qué tal señor Madruga? Soy puntual, ¿no? (*Pasa delante de la silla, la mira con desprecio.*) Pensé que hoy estaríamos solos. Bueno, no importa. Ciertas personas, para mí, es como si no existieran. Recuerda el trato, ¿no, señor Madruga? (*Pausa corta.*) Pero contestame algo, Alfredo.

ALFREDO.- ¿Pero qué te voy a contestar? Si yo no soy Madruga.

MARGA.- Y yo no soy Teodora, pero ahora soy ella. ¿No entendiste? Vos sos Alfredo, pero ahora hacés que sos Madruga.

ALFREDO.- Ah, no, no; yo no sirvo para esas cosas. No tengo gracia.

MARGA.- Sólo tenés que estar sentado y seguirme la corriente. Es fácil.

ALFREDO.- No sé...

MARGA.- Dale, vamos. No seas amargado.

ALFREDO.- Pero no sé lo que tengo que decir.

MARGA.- No pensés. Te sale solo lo que tenés que decir.

ALFREDO.- No sé...

MARGA.- ¿Pero seguimos o no?

ALFREDO.- Bueno, pero si veo que no sirvo no sigo más, ¿eh?

MARGA.- (*Con intención.*) Dale, si de lejos se nota que servís.

Yo de esas cosas sé bastante.

ALFREDO.- ¿Es parte del juego eso?

MARGA.- No.

ALFREDO.- Entonces eso lo hablamos después.

MARGA.- Me parece muy bien. Después lo hablamos.

ALFREDO.- (*Con intención*) Sí, después.

MARGA.- (*Arreglándose el pelo.*) Mirá vos, yo ni siquiera pensaba que...

ALFREDO.- ¿Y por qué no?

MARGA.- ¿Y Teodora?

ALFREDO.- Dale con Teodora. Ella, siempre ella. ¿Por qué tenés que nombrarla siempre?

MARGA.- ¿No tenés ninguna amiguita?

ALFREDO.- No.

MARGA.- ¿Ninguna noviecita del pueblo?

ALFREDO.- Tampoco.

MARGA.- Mirá que sos raro...

ALFREDO.- Yo no creo que sea raro.

MARGA.- (*Intentando ser coqueta.*) Pero... ¿por qué yo?

ALFREDO.- ¿No te gusto que ponés tantos peros?

MARGA.- Después te lo digo. ¿No fue como dijiste vos?

Después. Bueno, te muestro lo que hace Teodora, ¿si o no?

ALFREDO.- Si querés.

MARGA.- Entonces estábamos de acuerdo que la boquilla te le imaginabas y que esta es mi capelina último modelo.

Empiezo yo, mejor dicho ella. Entra así y dice: ¿recordó nuestro trato señor Madruga?

ALFREDO.- (*Levantándose, hace una reverencia, vergonzoso, entre risas.*) Cómo no, señora Teodora, cómo no.

MARGA (*Violenta, casi gritando:*).- Entonces, ¿cómo es que no tiene la venda puesta?

ALFREDO (*Bajo:*).- ¿Qué es lo que tengo que hacer?

MARGA (*Fuerte en tono de Teodora:*).- Me parece que fui clara con usted, señor Madruga. Cuando tengo mi entrevista con Ramiro, usted, bien lo sabe y ella... (*Señalando la silla.*) también. Los dos tienen que ponerse la venda en los ojos. Estoy esperando. ¿O quiere que yo me rebaje a ponerles la venda con mis propias manos?

ALFREDO.- No puede taparnos los otros sentidos... ¿Cómo tapar mis oídos, mi nariz?

MARGA.- Es inútil. Cuando se trata con gente inferior es inútil toda discusión, todo razonamiento. Deme para acá. (*Por la venda, la toma alzando, a propósito, los dedos índices.*) Yo misma se la voy a colocar. Así, ¿ve? Usted tiene que estar todo el tiempo que dure mi entrevista con Ramiro con esto puesto. No bien yo pase por esa puerta pueden quitársela. Ni un minuto antes y ni un minuto después. Bueno, terminado esto, soy toda tuya Ramiro. Ramiro, mi Ramiro, mi niño, mi pequeño, soy tuya. Ya ves que el mundo que nos rodea no nos puede ver... (*En el suelo, junto a Ramiro. Imita un orgasmo exagerado.*) Oh, eh, Ramiro. Ah, Ramirito, mi niño, mi todo, ah ... (*Termina en una carcajada.*)

ALFREDO.- (*Sacándose la venda.*) No ves, pero te imaginás todo. Es peor. (*Marga todavía riéndose.*) ¿Pero por qué no te vas cuando viene ella?

MARGA.- ¿Te creés que es fácil? Maldito si me gusta estar escuchando. Es Madruga el que me obliga a quedarme.

A mí no me divierte nada.

ALFREDO.- ¿Y no podés dejar a Madruga?

MARGA.- Sí, claro que lo podría dejar, pero antes tengo que conseguir algo más importante.

ALFREDO.- ¿A Ramiro?

MARGA.- Me gustaría sacárselo, sí. Pero lo que más me importa es la plata que ese viejo de mierda tiene escondida acá en la casa. La tiene escondida, tan bien escondida que por más que mire y revuelva no la puedo encontrar.

ALFREDO.- ¿Es mucha plata?

MARGA.- Hace años y años que viene juntando. Debe tener más que la misma Teodora.

ALFREDO.- ¿De verdad?

MARGA.- Ché, cómo te brillan los ojitos. ¿Precisás plata?

ALFREDO.- Sí...

MARGA.- ¿No ganás bien con Teodora?

ALFREDO.- Muy bien. Pero es poco para lo que quiero. Me gustaría tener mucha, muchísima plata para darme todos los gustos, para viajar, para conocer. Quiero plata que sea mía, mía...

MARGA.- Podés tenerla. Y más de lo que soñaste con tener toda tu vida.

ALFREDO.- Pero... ¿y cómo?

MARGA.- Es fácil.

ALFREDO.- Pero ¿cómo? ¡Decime cómo!

MARGA.- (*Habla bajo, casi febrilmente, aumentando el nerviosismo y la complicidad.*) ¿Cómo? Ayudándome. Si vos me ayudás podemos tener toda esa plata para los dos.

ALFREDO.- No puedo ir por toda la casa buscándola sin que Madruga se dé cuenta.

MARGA.- No, eso no serviría. Yo ya me cansé de buscarla por todos lados.

ALFREDO.- ¿Y entonces? No entiendo como puedo hacer para ayudarte.

MARGA.- Madruga nunca me va a decir dónde la tiene escondida. Nunca se le ha escapado un detalle. Nunca. Ni borracho, ni dormido. Jamás ha dicho nada. Solo que la tiene acá en la casa.

ALFREDO.- Pero a mí tampoco me lo va a decir...

MARGA.- No. Pero, a Teodora, sí.

ALFREDO.- A ella tampoco. Creo que no.

MARGA.- Pero ella sí se lo puede hacer decir. Es más inteligente que Madruga. Mucho más. Le da mil vueltas. Bastaría que le insinuaras que si el viejo se queda sin plata, sin nada y que si alguien como yo supiera dónde está la plata se la podría robar y entonces... (*Ríe.*)

ALFREDO.- ¿Entonces qué?

MARGA.- Entonces a Madruga no le quedaría más que Ramiro. Solo a Ramiro para negociar, para vender. Y entonces ella se lo podría comprar o llevar y así Ramiro quedaría para ella sola.

ALFREDO.- Pero llevaría un tiempo. No puedo insinuárselo

a Teodora así de golpe, de repente...

MARGA.- Yo puedo esperar. Total ya esperé tanto. ¿Te parece que lo podr-ás hacer?

ALFREDO.- Sí. Creo que sí...

MARGA.- ¿Creés solo?

ALFREDO.- No, estoy seguro, Marga.

MARGA.- Es la primera vez que me llamás por mi nombre.

ALFREDO.- ¿Sí? No me había dado cuenta. Marga... Tenés un lindo nombre.

MARGA.- No es el nombre para una millonaria.

ALFREDO.- Es un lindo nombre de mujer.

MARGA.- ¿Te gusto más ahora?

ALFREDO.- Me gustaste siempre. Vení. (*Intenta abrazarla.*)

MARGA.- No, ahora no, no...

ALFREDO.- ¿Por...?

MARGA.- Puede venir Madruga.

ALFREDO.- ¿Y qué? No me digas que se va a asustar. Vení...

MARGA.- No. No quiero que sospeche nada.

ALFREDO.- No me importa, vení. Quiero besarte ahora, vení.
(*Ella se mueve lentamente.*)

MARGA.- Pensá que después, cuando tengamos toda esa plata, podremos besarnos tranquilos.

ALFREDO.- (*Respirando fuerte.*) Ahora, Marga. Ahora quiero, ahora. (*Comienza a besarle el cuello.*)

MARGA.- Ya me veo. Vos y yo llenos de plata por el mundo y Madruga solo y pobre como una rata, como una rata de caño...

ALFREDO.- Callate, no hables, no hables...

RAMIRO.- (*Gritando de golpe, asustándolos.*) No, santo padre, no... No quiero verte, no quiero oírte... No, no quiero, no...

MARGA.- (*Va hacia él.*) Ramiro, Ramiro...

Ramuro comienza un llanto fuerte, convulso, sigue murmurando.

ALFREDO.- ¿Qué le pasa?

MARGA.- Cada tanto tiene uno de esos ataques. Le dura

poco, enseguida se le pasa. Ramiro.

RAMIRO.- No, no me pegues, padre. Yo lo hago. Hago todo lo que me pidas. Todo lo que me mandes. No, no me pegues.

MARGA.- (*Animándolo como a un bebé.*) Ya pasa Ramiro, ya pasa... El santo padre no quiere lastimarte. El santo padre te quiere. Todos te queremos.

RAMIRO.- Por favor, pa... dre... pa... dre. No, no me pegues.

MARGA.- (*Acariciándolo.*) Así, Ramiro, así... tranquilo... Ya pasó, ya pasó... (*Sigue acunándolo.*)

MADRUGA.- (*Entra con un paquete.*) ¿Qué pasó?

MARGA.- Otro ataque. Ya se le pasó.

MADRUGA.- ¿Qué tal Alfredo?

ALFREDO.- Bien. Vine porque era mi día libre y...

MADRUGA.- Sí, lo sabía.

ALFREDO.- ¿Lo sabía?

MADRUGA.- Vengo de su casa. La señora Teodora me dijo que usted no estaba. Me invitó a su casa.

MARGA.- Tomá. Te felicito.

MADRUGA.- Fue una visita de negocios...

MARGA.- Te la das de ejecutivo ahora, visita de negocios...

MADRUGA.- De buenos negocios. Mirá (*Abriendo el paquete.*)
Mirá lo que me dio (*Saca alguna joya.*) Por Ramiro me la dio. Y es auténtica.

MARGA.- (*Mirando fijo a Alfredo.*) ¿Tanto vale para ella?

MADRUGA.- Más de lo que vos pensás.

MARGA.- (*Mirando a Alfredo.*) Parece que haría cualquier cosa por Ramiro, ¿no?

MADRUGA.- Cualquier cosa. (*Se acerca a Ramiro, lo sacude.*)
Mirá Ramiro, mirá lo que te traje. Es para vos... y para mí. (*Mueve la joya.*) Mirá cómo brilla. Te gusta, ¿no? Ahora el santo padre te la va a guardar. (*Lo hace.*) Y tengo más cosas. Muchas cosas más. Vení, levántalo. Ayudalo Marga a levantarse. (*Marga se acerca, Madruga busca en el paquete.*) Te traje ropa buena, linda, de la mejor. Ella te quiere tener bien. Mirá: camisas, pantalones, perfumes. Me abrió placares y placares del marido y me dijo: elija, elija lo que quiera para Ramiro. Mirá qué telas, mirá estas camisas, estos pañuelos, estas corbatas. Y todo, todo es para vos Ramiro.

MARGA.- ¿Y qué te pidió a cambio?

MADRUGA.- Poco.

MARGA.- ¿Pero qué?

MADRUGA.- Que Ramiro no tenga otras clientas y venir todos los días.

MARGA.- (*Mirando a Alfredo.*) Parece que ya no puede estar sin él...

MADRUGA.- ¿Te gustan, Ramiro? Viste, viste todo lo que tenés. Linda ropa, buena ropa, buenos perfumes. Y todo, todo esto para vos. Para vos solo. Vení, vení, dame un abrazo Ramiro. Vení.

Cuando Ramiro, vacilante se va acercando a Madruga que está con los brazos extendidos, Marga y Alfredo se miran fijamente. Se apaga la luz. La escena tendrá que recordar los dos fines de cuadros anteriores.

FIN DEL CUADRO TERCERO

Cuadro cuarto

Madruga vestido con su túnica. Va encendiendo velas o trayendo más a escena. Un momento así y luego entra Marga.

MADRUGA.- ¿Ya se terminó de vestir?

MARGA.- Le falta poco.

MADRUGA.- ¿Seguiste mis indicaciones?

MARGA.- ¿Tus indicaciones?

MADRUGA.- *(Detiene su tarea. La mira fijo. Pausa. Sigue encendiendo velas.)* Sí.

MARGA.- ¿Tus indicaciones o las de Teodora?

MADRUGA.- Es lo mismo.

MARGA.- ¿Estás seguro? Hasta hace poco no decías lo mismo...

MADRUGA.- Vos sabés muy bien que yo soy el que sigue mandando.

MARGA.- Y también sé muy bien que ella es la que sigue exigiendo más y más. ¿Hasta cuándo?

MADRUGA.- Eso no te interesa a vos.

MARGA.- ¿Qué tendrás hoy aparte de las velas?

MADRUGA.- Mientras siga dándome cosas y pagando bien tendrá lo que quiera.

MARGA.- ¿Hasta Ramiro?

MADRUGA.- Todo, todo lo que quiera... menos a Ramiro.

MARGA.- ¿Y no tenés miedo?

MADRUGA.- ¿Miedo? ¿Miedo a qué?

MARGA.- A que te lo saque. A que se lo lleve. Está tan entusiasmada con él...

MADRUGA.- No, Ramiro es mío. Es mi creación. Yo lo hice.

MARGA.- (*Burlándose, ríe.*) Amén. Y digo yo, si ella le ofreciera mucha plata o algo que lo deslumbre, ¿qué haría Ramiro?

MADRUGA.- No haría nada. Yo le doy una fe que es más fuerte que toda la plata. Sin mí, Ramiro no sería nadie. No sería nada.

MARGA.- Tampoco es mucho ahora. (*Madruga se da vuelta violentamente para contestarle, cuando entra Ramiro. Impecablemente vestido y peinado, se acerca a ellos caminando entre las velas.*)

RAMIRO.- Estoy pronto padre...

MARGA.- Parece otro... parece de otro mundo.

MADRUGA.- Vení acá Ramiro. Quiero verte de cerca.

RAMIRO.- Sí, padre... (*Lentamente se acerca a él.*)

MADRUGA.- Marga.

MARGA.- ¿Qué querés?

MADRUGA.- Andá a la puerta y avisame cuando veas el auto.

MARGA.- ¿Por qué tengo que ir? Si de acá adentro se ve la

calle lo más bien.

MADRUGA (*Amenazante, marcando: «quiero» y «tenés»:*).-

Marga, quiero que vayas para afuera ahora. Tenés que ir para afuera.

MARGA.- Si me lo pedís así, tan amablemente, no me queda otro remedio, ¿no?

MADRUGA.- No entrés si no vienen o si no te llamo. ¿Me entendistes? (*Marga se encoge de hombros y sale rápidamente. Le pone una mano en el hombro a Ramiro.*) Ramiro...

RAMIRO.- ¿Sí?

MADRUGA.- (*Comienza bajo, íntimo, como una letanía y va subiendo de tono:*) Quiero que me escuches bien... Quiero que sepas que tengo mucha confianza en vos. Mi fuerza es tu fuerza. Tu dolor, mi dolor. Tu placer el mío. El demonio que te posee solo lo puedo vencer yo. Yo,

Ramiro. Yo que velo por vos, por tu bien. Yo que pienso en vos. Yo que te voy a traer nuevamente a ella para que te purifiques. Para que salga de vos ese demonio y vuelvas a la pureza. Y que, otra vez, como antes, el fuego sea el fuego para vos y la luz solo la luz y así puedas dejar atrás lo turbio, lo feo, la maldad, la vergüenza, el demonio. El demonio, Ramiro... ¿Entendés, hijo? Escucha al santo padre que te habla para que cada día seas mejor, más puro y puedas alcanzar lo eterno, lo duradero, la paz... Dentro de poco llegará ella y renacerás más limpio, alejándote más de ese demonio que te ha poseído, que te ha robado todo: el alma, la vida, todo. Acá está el santo padre para ayudarte. Para llevarte por el único camino posible. Y siempre va a ser así... Ramiro, siempre. Porque sin mí, vos no tendrías salvación; sin mí todo es oscuro, negro y el demonio te llevaría con él, te arrastraría con él, te convertiría en él... ¿Tenés confianza en mí? ¿Creés en mí? Vas a seguir haciendo lo que yo te diga, ¿verdad? Solo oirás mi voz. Solo seguirás mis consejos. Nada ni nadie te tiene que

apartar de mí, sino toda la maldición caerá sobre vos. Vas a hacer sólo lo que yo te diga, así vas a estar a salvo, así solamente Ramiro, así... así...

RAMIRO.- (*Repitiendo como un eco:*) Sí, así... así...

MARGA.- (*Entrando.*) Ya llega.

MADRUGA.- Exactamente a la hora que dijo. Ramiro, andá para adentro. Y esperá que yo te llame. (*Ramiro asiente y mutis.*)

MARGA.- ¿Y yo que querés que haga?

MADRUGA.- Vos te quedás ahí esperando.

MARGA.- ¿No puedo ir a la cocina o...?

MADRUGA.- No empecemos con lo mismo de siempre. Te quedás y basta. (*Entra Teoroda y atrás Alfredo, trayendo*

un paquete.)

TEODORA.- Déjelo sobre la mesa, Alfredo.

ALFREDO.- Sí, Teodora.

TEODORA.- Soy puntual, ¿no?

MADRUGA.- Como siempre.

TEODORA.- ¿Y Ramiro?

MADRUGA.- Enseguida lo llamo.

MARGA.- (*Sacando las vendas.*) Creo que es la hora de esto,
¿no?

TEODORA.- ¿Es imprescindible que ella se quede? ¿Es necesario?

MADRUGA.- Es parte de mis condiciones. ¿No habíamos quedado de acuerdo en eso?

TEODORA.- Hablando de condiciones. Hoy tengo otras.

MADRUGA.- ¿Más? ¿Nunca se van a terminar? ¿Van a seguir?

TEODORA.- Para usted van a seguir hasta que se termine mi dinero... Pero por ahora...

MADRUGA.- Marga, andá a buscar a Ramiro.

MARGA.- ¿Pero para qué ir a buscarlo? Si le gritás te va a escuchar. Nuestra mansión no es tan grande como para que él no te oiga.

MADRUGA.- Hacé lo que te mando.

MARGA.- (*Haciendo una reverencia.*) Sí, santo padre, como lo ordene. (*Mutis.*)

TEODORA.- No sé cómo usted la soporta.

MADRUGA.- Me sirve. (*Entra Ramiro seguido por Marga. Teodora queda visiblemente turbada.*) ¿Está conforme la señora con el cambio? ¿Es de su gusto? Acercate Ramiro, acercate más para que la señora pueda oler también el perfume que te regaló. (*Ramiro da unos pasos. Ella va a estirar una mano para acariciarlo pero se contiene.*)

TEODORA.- Alfredo, puedes empezar.

MARGA.- Yo me puedo poner sola la venda. No preciso que nadie me ayude.

TEODORA.- Por favor, Madruga...

MADRUGA.- ¿Sí?

TEODORA.- Recuerda nuestro último trato, ¿verdad?

MADRUGA.- ¿Y no lo estoy cumpliendo?

TEODORA.- Igualmente yo, ¿no?

MADRUGA.- Entonces estamos empatados.

TEODORA.- No, porque el otro día yo le... digamos, cedí una joya que era muy importante para mí.

MADRUGA.- Sí, me acuerdo muy bien, un collar muy lindo. A Ramiro le gustó mucho.

TEODORA.- Fue a cambio de venir todos los días...

MADRUGA.- Y por la exclusividad de Ramiro.

TEODORA.- ¿Y la otra condición? ¿La olvidó?

MADRUGA.- ¡Ah, la otra? No, no me olvidé. Pero me pareció la menos importante.

TEODORA.- Para mí todas las condiciones tienen la misma importancia.

MADRUGA.- Se hará como usted diga. Un negocio es un negocio. ¿Trajo, entonces la cuerda?

TEODORA.- Sí, la tiene Alfredo.

MARGA.- (*Riendo.*) ¿Una cuerda? ¿Y ahora qué es lo que quiere hacer?

TEODORA.- ¿Podría hacerla callar, Madruga? Me molesta.
(*Marga ríe mucho más fuerte.*)

MADRUGA.- Si seguís así, después, te voy a acomodar bien.
(*Fiero, amenazante:*) Se ve que andás precisando que te mueva un poco.

MARGA.- ¿Y por qué no lo hacés ahora? Dale, ¿que esperás?
Pero mirá que no pienso quedarme quieta...

MADRUGA (*Bajo, mordiendo las palabras:*).- Callate, querés...

MARGA.- No me asustás mirándome así...

ALFREDO.- (*Intentando romper el clima.*) ¿Empiezo?

TEODORA.- Sí.

MARGA.- Te juro Madruga por mi madre que es la última vez.

MADRUGA.- Después voy a hablar contigo, después...

MARGA.- ¡Ay!, ¿me tiene que atar tan fuerte? (*Alfredo sigue atándola, aparentemente imperturbable.*)

MADRUGA.- Quiero que sepa que nunca me pasó esto adelante de una clienta. (*Teodora no lo mira. Camina. Madruga va hacia su silla.*)

MARGA.- ¿Los pies, también? ¿No le parece una exageración, señora?

TEODORA.- ¿No lo puede hacer más rápido, Alfredo?

MADRUGA.- Sí.

MARGA.- Hacés bien los nudos. ¿Fuiste marinero antes de ser su chofer? *(Ríe.)* Un chofer marinero y un pobre muchacho. Se ve que sus gustos no son muy refinados. Se ve que...

MADRUGA.- *(Se levanta, le da un cachetazo bien fuerte. Alfredo se levanta de golpe. Se quedan mirando.)* Te avisé. Te avisé y no me hiciste caso. Hablá ahora, dale, decí algo más. *(Marga llora, ahogada.)*

TEODORA.- Muy oportuno Madruga. Si no lo hacía usted lo hubiera hecho yo. Alfredo.

MADRUGA.- ¿Qué?

TEODORA.- Siga.

MADRUGA.- Sí. (*Le coloca la venda a Marga. La puede acariciar o no.*) Ahora me toca a mí. (*Madruga se coloca la venda solo.*) Cuando quiera. (*Alfredo con rabia lo va atando fuerte a la silla.*)

TEODORA.- No bien termine con eso Alfredo, me espera afuera.

MADRUGA.- Así es.

TEODORA.- Cuando usted el otro día me preguntó el porqué de las cuerdas yo le dije porque sí...

MADRUGA.- Sí.

TEODORA.- Pero se lo dije sin pensar. Después analizando,

preguntándome a mí misma, llegué a saber por qué quería las cuerdas. ¿Y sabe por qué es?

MADRUGA.- No, ¿por?

TEODORA.- Porque pienso que la vida hay que vivirla todos los días de una manera distinta, diferente. Si no, es rutina. Y si la vida no da esos momentos, esas cosas diferentes, entonces hay que inventarlos, crearlos, descubrirlos, buscarlos...

ALFREDO.- Ya está.

TEODORA.- Ah, Alfredo...

ALFREDO.- Dígame.

TEODORA.- Los algodones.

ALFREDO.- (*Busca en sus bolsillos.*) Aquí están.

TEODORA.- Ahora sí, puede irse. (*Alfredo mutis.*) Esta, Madruga, es mi nueva condición. (*Le coloca algodones en los oídos a los dos.*) La última por ahora... (*Se acerca a Ramiro lentamente. Antes toma el otro paquete. Al llegar al lado de él lo deja en el suelo.*) Abrilo. Es para vos... Sin miedo, abrilo, sé que te va a gustar. (*Ramiro se acerca al paquete. Mientras, Teodora se saca el sombrero, va apagando las velas y comienza a desprenderse el vestido.*) Miralo. (*Él abre el paquete y es un juguete infantil –auto, tren– que brilla mucho.*) Y ahora me vas a dar las gracias, ¿no? Vení. Vení para acá... (*Ramiro comienza a acercarse a ella, hacia el abrazo; la luz va bajando y aumenta el ruido y brillo del juguete.*) Vení, Ramiro, vení... (*Apagón.*)

FIN DEL CUARTO CUADRO

Cuadro quinto

La luz va subiendo. Madruga y Marga en la misma actitud. Ramiro en el suelo, la ropa desprendida. Teodora sentada, su espalda desnuda hacia el público. El juguete quieto.

TEODORA.- ¿Me subís el cierre? (*Ramiro lo hace, ella se vuelve a él, le revuelve el pelo.*) Ramiro, mi Ramiro... (*Él se separa. Va hacia el juguete. Lo hace andar.*) ¿Te gustó, entonces? (*Él asiente.*) Es poco para todo lo que vos valés... Yo... yo puedo darte muchas más cosas... Puedo darte el mundo entero... (*Detiene el juguete con la mano.*) ¿Me oís? (*Él asiente. Le quita la mano. Toma el juguete. Ella se para. Va a buscar sus cigarrillos a la mesa.*) Lo que quieras. ¿Un juguete como ese? ¿Dos? Podés tener todos los que te gusten... (*Parada entre Marga y Madruga enciende el*

cigarrillo. Sonríe.) Miralos. Atados, con los ojos y los oídos tapados... No ven, no escuchan, no pueden moverse si yo no quiero. Hacen lo que yo les mando. Hasta Madruga tiene que bajar la cabeza y hacer lo que yo ordeno. ¿Y sabés por qué es? Porque tengo dinero y él un precio... No nos pueden ver, no nos pueden oír, no nos pueden tocar. No nos pueden separar. Ahora, en este momento, son parte de tu mundo y no. *(Se va acercando a él.)* Son como yo. Vengo todos los días y también soy tu mundo y no... *(Lo acaricia.)* Qué difícil es saber qué pensás, qué querés... *(Él la mira.)* Otro momento juntos. Otro día contigo. ¿Sabés? No sé qué me pasa... Cada vez que salgo de acá me digo: no vuelvo más. Esta es la última vez. Ya me harté. Ya me colmé. Mañana no vuelvo. Ya duró bastante... Pero al otro día estoy deseando volver y tengo que verte de nuevo. Y tengo que acariciarte, besarte y sentirte... *(Él se aparta.)* ¿Qué te pasa? ¿Estás cansado? *(Él niega.)* ¿Estás nervioso? *(Niega.)* ¿Te molesta algo? No... ¿no te gusta ya? *(Pausa.)* ¿Pero es que no vas a hablarme nunca? ¿Cómo saber entonces lo

que te pasa? ¿Lo que querés, lo que esperás? Ramiro, Ramiro, no me pasó esto con ninguno... (*Queda arrodillada.*) Mirá, mirame... ¿Me ves? (*Él la mira.*) Así quiero estar contigo (*Más bajo cada vez:*) al lado tuyo... Así, no exigiendo, no mandando, no ordenando como con todos... Quiero, quiero que sea mío... mío Ramiro... mirame, por favor. (*Él la mira, ella le acaricia un brazo.*) Así, Ramiro, así me gusta... Hablame, por favor... Hablame, por favor... por favor... (*Él abre la boca lentamente, ella le acaricia la cara, los labios.*) Cualquier cosa, Ramiro, cualquiera. Lo primero que pienses...

RAMIRO.- No sé...

TEODORA.- (*Siempre acariciándole la cara, los labios.*) Cualquier cosa... Mi nombre, decí mi nombre.

RAMIRO.- Teodora...

TEODORA.- Así Ramiro, muy bien, muy bien... Es fácil,

¿viste? Tenemos que hablar... Tenés que decirme cosas...
Qué pensás, qué soñás... Quiero saber...

RAMIRO.- No sé...

TEODORA.- ¿Te gustó la ropa?

RAMIRO.- Sí... y las postales.

TEODORA.- ¿Te gustaron las postales?

RAMIRO.- Son suaves... (*Las saca de un bolsillo o de algún lugar.*)

TEODORA.- ¿Querés más?

RAMIRO.- ¿Tenés más? (*Las mira, las acaricia.*)

TEODORA.- ¿Más? Tengo miles, de todos los lados. Te las voy a traer. ¿Cuál mirás? (*Ramiro se las tiende.*) Ah,

Montecarlo. Estuve allá el verano pasado... Te voy a llevar. Te va a gustar mucho (*Él retrocede un poco, deja caer una postal*) ¿Y esta? Una calle de Sevilla. Vamos a ir. Tenés que estar ahí y no acariciar ese pedazo de mundo brillante encerrado en el cuadradito de una postal. Tenés que verlo, respirarlo, vivirlo... Pensá Ramiro. Sí. Te voy a llevar.

RAMIRO.- (*Con miedo.*) No, no...

TEODORA.- Tenés que salir de acá. No te puedo ver más en esta casilla inmunda. Tenés que dejar esto...

RAMIRO.- No... no quiero...

TEODORA.- Nadie me va a detener. Ni Madruga, ni nadie.

RAMIRO.- (*Cada vez más asustado y nervioso.*) No, no... no puedo... no puedo..

.

TEODORA.- Yo quiero. Yo puedo.

RAMIRO.- Él... él no me va a dejar ir...

TEODORA.- ¿Madruga? Pero Madruga no te puede hacer nada.

RAMIRO.- Pero el santo padre dijo que... (*Queda callado.*)

TEODORA.- Madruga te tiene engañado. Te miente. No es un santo...

RAMIRO.- (*Tapándose los oídos.*) No... no...

TEODORA.- Tenés que entenderme. Escucharme.

RAMIRO.- No... no... No quiero escuchar más. (*Forcejean. Ella queriéndole sacar las manos de los oídos.*)

TEODORA.- Te tiene envuelto. Sé que te da a tomar cosas.

Nos vamos y no te va a encontrar nunca.

RAMIRO.- Pero el demonio sí. El demonio sí... (*Se desprende de ella y hace mutis corriendo.*)

TEODORA.- (*Intenta seguirlo.*) Ramiro. Ramiro... Alfredo. Alfredo.

ALFREDO.- ¿Me llamaba?

TEODORA.- Desátelos. No demore (*Mutis. Alfredo va a desatar a Madruga, se arrepiente y se dirige a Marga. Le quita el algodón de los oídos.*)

ALFREDO.- Marga, ¿estás bien?

MARGA.- Sí...

ALFREDO.- ¿Te lastimó?

MARGA.- No.

ALFREDO.- Tengo poco tiempo. Ella me está esperando en el auto.

MARGA.- Tengo los brazos dormidos... ¿Le hablaste algo?

ALFREDO.- Sí, poco...

MARGA.- ¿Y?

ALFREDO.- Creo que lo vamos a conseguir.

MARGA.- Tenés que apurarte. No lo aguanto más.

ALFREDO.- Ella tampoco. Pensó que era más fácil sacarle a Ramiro.

MARGA.- Va a terminar matándome o matándolo yo... No, no lo desates, dejalo más. *(Se oye la bocina del auto.)*

ALFREDO.- Me tengo que ir.

MARGA.- Hablale ahora en el auto.

ALFREDO.- Sí...

MARGA.- No podés esperar más...

ALFREDO.- Sí. (*Se oye la bocina más insistente, más fuerte.*) Me tengo que ir.

MARGA.- Alfredo, esperá. (*Lo abrazay se besan apasionadamente.*)
Lo tenés que conseguir hoy, ahora. Hablale en el auto...
No pierdas la oportunidad. (*La bocina otra vez.*) Decime que lo vas a hablar ahora.

ALFREDO.- Sí, sí. (*Bocina, Alfredo casi mutis.*)

MARGA.- Alfredo.

ALFREDO.- ¿Qué?

MARGA.- Abrazame de nuevo.

Se van acercando para el abrazo mientras la bocina suena insistentemente. Baja la luz. Por un instante queda iluminado solamente Madruga que atado y con los ojos vendados parece sonreír burlonamente. Apagón.

FIN DEL CUADRO QUINTO

Cuadro sexto

La luz solamente sobre Madruga, sentado, atado, en la misma posición del fin del cuadro anterior. La luz va subiendo y vamos descubriendo a Teodora y Alfredo. La luz sube totalmente y vemos a Ramiro acostado en primer término y Marga parada al lado de él, con un vaso en la mano. Pausa. Todos en pose fija. Un relámpago, un trueno y comienza la acción. Marga se agacha, toma a Ramiro de la cabeza. Un trueno de nuevo.

MARGA.- *(Persignándose)* Santa Bárbara bendita...

TEODORA.- Alfredo comience ya. Terminemos esto de una vez. *(Alfredo saca una mordaza y se la coloca a Madruga.)*
Bien. Vaya ahora a donde le indiqué.

ALFREDO.- Sí. *(En lugar de hacer mutis por la puerta sale por la cocina. Marga no lo ve.)*

TEODORA.- *(Acercándose, sonriendo a Marga y a Ramiro.)*
¿Le dio las píldoras ya? ¿Escuchó a Madruga, no? Sus píldoras son seis en lugar de las tres... *(Marga no le contesta. Le da las píldoras a Ramiro. Lo recuesta. Se levanta y va a dejar el vaso en la mesa. Sorprendida ve que no está Alfredo.)*

MARGA.- ¿Y Alfredo?

TEODORA.- Salió.

MARGA.- ¿No van a atarme hoy?

TEODORA.- Hoy no.

MARGA.- ¿Por qué?

TEODORA.- ¿Por qué Madruga está atado así y usted no?

MARGA.- Sí...

TEODORA.- ¿Y por qué no está Alfredo tampoco?

MARGA.- Estará en el auto como siempre.

TEODORA.- No.

MARGA.- Entonces, ¿qué pasa?

TEODORA.- Para que quería tener una conversación con usted.

MARGA.- ¿Conmigo?

TEODORA.- Sí, creo que ya es hora que hablemos usted y yo.

MARGA.- ¿Pero usted y yo?

TEODORA.- Con Madruga ya hablé bastante.

MARGA.- Bueno es para festejarlo, ¿no?

TEODORA.- ¿Festejar?

MARGA.- Sí, eso de que usted me dirija la palabra.

TEODORA.- ¿La sorprende tanto?

MARGA.- Y, también...

TEODORA.- Bueno. Nunca me gustó perder tiempo. Así que...

MARGA.- A mí tampoco me gusta perder el tiempo.

TEODORA.- Si me interrumpe a cada momento no terminaremos más.

MARGA.- (*Irónica.*) Es que el hablar con usted así cara a cara,

es algo tan raro... no sé... me parece una parte de una novela... ¿No lo cree así?

TEODORA.- Lo que yo crea o no, no le interesa en este momento. Lo que le tiene que interesar es lo que voy a hacer.

MARGA.- ¿Lo que va a hacer?

TEODORA.- ¿No hay modo de que se quede callada un momento?

MARGA.- Depende de con quién esté hablando. Por ejemplo con usted que tiene esa forma de hablar tan fina, tan elegante, tengo que hablarle, retrucarle y cuando hablo con Alfredo es distinto...

TEODORA.- No me interesan sus asuntos particulares.

MARGA.- Pero le sirven. ¿O me equivoco?

TEODORA.- Creo que el servicio es mutuo.

MARGA.- ¿Mutuo?

TEODORA.- No es momento para hacerse la que no sabe de lo que quiero hablarle.

MARGA.- Pero de verdad es que no sé a dónde quiere llegar... o capaz que me equivoco en lo que estoy pensando... No puede ser más clara?

TEODORA.- Puedo, si me deja.

MARGA.- Antes de que siga hablando me gustaría que me convidara con uno de esos cigarrillos suyos. ¿Puede ser?

TEODORA.- Tome (*Le da la cajilla.*) Hoy me llevaré a Ramiro.

MARGA.- (*Se acerca a Ramiro.*) ¿Se lo va a llevar, entonces?

TEODORA.- Sí.

MARGA.- ¿Dónde lo va a llevar? Precisaré papeles... el pasaporte de él...

TEODORA.- Tengo todo previsto desde hace cinco días.

MARGA.- Debí de pensarlo. Lo voy a extrañar a Ramiro...

TEODORA.- Es un cambio que hacemos. Solo un cambio ventajoso para las dos.

MARGA.- Por eso la doble ración de píldoras, ¿no?

TEODORA.- Era la única manera de poderlo sacar de acá.

MARGA.- Y hasta en eso de las píldoras cayó Madruga. El que se creía infalible en todo.

TEODORA.- Ya ve que no.

MARGA.- ¿Y el demonio de Ramiro?

TEODORA.- Va a llevarme tiempo convencerlo, pero lo voy a conseguir.

MARGA.- (*Comienza a exaltarse.*) ¿Y Alfredo? ¿Por qué no está acá? ¿Por qué no está en el auto? Capaz que usted me miente a mí también y me quiere joder como a Madruga. Y usted y Alfredo se llevan a Ramiro y me dejan a mí acá, con el viejo. ¿Cómo sé que no me va a pasar todo eso? Cómo sé que todo no es una trampa en la que yo voy a caer lo más tranquila. (*Se abraza, se aferra a Ramiro.*) No. Usted no lo saca de acá. No, usted no se lo lleva. O si no, si no ahora mismo desato a Madruga y se acaba toda la farra. (*Camina decidida hacia Madruga. Teodora la toma fuerte del brazo.*)

TEODORA.- ¿Ya terminó querida?

MARGA.- ¿Dónde está Alfredo?

TEODORA.- Buscando el dinero de Madruga.

MARGA.- ¿Y dónde está escondido? A ver, ¿dónde le dijo Madruga que lo tiene escondido?

TEODORA.- El me dijo que estaba...

MARGA.- ¿Dónde? ¿En la cocina? ¿En el colchón? ¿Dónde?

TEODORA.- No se apure. Déjeme hablar (*Marga respira agitada.*) ¿Puedo decírselo ahora? (*Ella asiente.*) ¿No me va a interrumpir? (*Niega.*) El dinero y todo lo demás lo tiene escondido en un aljibe que hay en el fondo.

MARGA.- ¿Qué?

TEODORA.- Dentro de un aljibe seco...

MARGA.- Pero... pero... va a pensar que me voy a tragar eso...
Ese aljibe yo misma lo revisé.

TEODORA.- ¿Bajó a él?

MARGA.- Miré...

TEODORA.- Pero, ¿alguna vez bajó a buscar?

MARGA.- Una vez... pero no tuve mucho tiempo para buscar porque Madruga andaba rondando...

TEODORA.- Bueno, ahí está.

MARGA.- No, no puede ser... En el aljibe solo hay basura, latas viejas... todo eso...

TEODORA.- El dinero está ahí. No veo por qué Madruga me iba a mentir.

MARGA.- ¿Y cómo se lo dijo? ¿Por qué se lo dijo? A nadie nunca se lo contó. ¿Cómo iba a decírselo a usted, justamente a usted, donde lo escondía?

TEODORA.- Me lo dijo.

MARGA.- ¿Cómo hizo? ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo hacerle decir algo a Madruga que ni a su madre se lo hubiera dicho?

TEODORA.- Él me lo dijo. Lo conseguí. No le importa cómo. Eso es lo que menos importa ahora. Sé hacer las cosas bien cuando quiero. Y cuando me importa algo, tanto como me importa Ramiro, nada ni nadie me detiene.

MARGA.- ¿Y ahora qué hacemos?

TEODORA.- ¿Ahora? Ahora sólo queda esperar a Alfredo.
(*Se sienta.*)

MARGA.- ¿Él está en el aljibe?

TEODORA.- Sí, desde que llegamos.

MARGA.- Voy para allá.

TEODORA.- ¿Para qué?

MARGA.- Para ver.

TEODORA.- Espere aquí. Total usted no lo va a poder ayudar mucho. Siéntese. Siéntese. Va a ser mejor. Siéntese ahí.
(*Pausa.*) ¿Sabe lo que me gustaría ahora? ¿Lo que me vendría bien? Una buena taza de té bien caliente.

MARGA.- No hay té.

TEODORA.- Me lo imaginaba. Entonces esperemos.

Pequeña pausa. Ruido en la cocina y entra Alfredo. Llega empapado y manchado de barro. No trae nada. Se miran.

MARGA.- (*Parándose.*) ¿Y? (*Alfredo no contesta.*)

TEODORA.- (*Sentada.*) ¿Bien, Alfredo?

Alfredo camina unos pasos sin contestar.

MARGA.- ¿Encontraste algo? ¡Vamos habla! Decí. No te quedes así. ¿Encontraste algo?

ALFREDO.- ¿Que si encontré algo? (*Comienza a reír bajo.*)

MARGA.- (*Alterada, dirigiéndose a Teodora:*) ¿Vio? No había nada. Madruga mintió como siempre. Madruga le mintió. No había nada, nada...

ALFREDO.- Ah, Marga, Marga...

MARGA.- ¿De qué te reís ahora?

ALFREDO.- Marga, Marga, escuchame. Atendeme. Había, hay. Hay montones de bolsas de nylon llenas, todas llenas de plata, de joyas, de todo, de todo lo que querías.

Mirá. (*Rápidamente va hacia la cocina y trae arrastrando una bolsa mojada y sucia de barro, la abre.*) Mirá. Mirá. Esta es una sola. Mirá (*Comienza a sacar y desparramar billetes.*) Mirá para vos y para mí. Lo tenemos. Tenemos lo que queríamos.

TEODORA.- ¿Vio Marga? Siempre tengo razón.

MARGA.- Pero...

ALFREDO.- No te quedés ahí parada. Mirá, tomá, agarrá. Todo es de verdad y es para nosotros.

MARGA.- (*Ríe nerviosa, no sabe qué hacer. Alfredo le llena de dinero las manos riendo.*)

TEODORA.- Bueno, creo que ahora ya me puedo ir. Supongo, Alfredo, que ahora no necesita ser mi chofer, ¿no?

ALFREDO.- No, claro que no. Mire. (*Le muestra un puñado de*

dinero, apretado fuerte en la mano.)

TEODORA.- Pero un último favor me podría hacer antes de su... digamos, antes de su renuncia, ¿no?

ALFREDO.- Sí, claro que sí.

TEODORA.- ¿Podría llevar a Ramiro al coche? Yo manejaré.

ALFREDO.- Sí, cómo no. *(Lo levanta en brazos)*

RAMIRO *(Murmura, apenas se oye).*- Ah... pa... dre... ah... *(Mutis los dos.)*

TEODORA.- *(Poniéndose los guantes.)* Bueno, parece que éste es el fin, ¿no?

MARGA.- Sí, parece...

TEODORA.- Las dos ya tenemos lo que queríamos, ¿no?

MARGA.- Sí...

TEODORA.- Adiós, entonces.

MARGA.- Adiós. *(Suenan la bocina del auto.)*

TEODORA.- *(al pasar al lado de Madruga. Sonríe.)* Adiós
Madruga. *(Mutis, relámpago, trueno.)*

Marga sola, comienza a recoger el dinero en puñados y se los tira sobre ella. Comienza a dar vueltas y reírse cada vez más fuerte. Vuelve a tirarse dinero y siempre riendo abre los brazos hacia Madruga como para abrazarlo. Camina dos y tres pasos y queda en pose fija.

Aparecen diapositivas con los rostros de cada uno de los personajes o los personajes mismos van recitando:

TEODORA L.

Diciembre de... *(Indica un año que tiene que ser cuatro o cinco*

años más que la fecha en que se hace la obra.) En un cruce de placer por Oriente, acompañada por un joven griego de 19 años.

MARGA R. Y ALFREDO M.

28 de diciembre de... (*Mismo año que el anterior.*) Muertos instantáneamente en un accidente automovilístico, al manejar el último de los nombrados en avanzado estado etílico. Al doblar una curva, a más de 100 kilómetros por hora, el rodado salió de la carretera y se estrelló contra un poste del alumbrado público.

RAMIRO N.

Sábado 28 de diciembre de... (*Mismo año.*) Internado en un sanatorio privado, viviendo la etapa terminal de un delirio crónico con intensa depresión y locura mística irreversible.

MADRUGA M.

Sábado 28 de diciembre de... (*Mismo año.*) A las 23 horas. Alcohólico crónico. Buscando, gritando en su última

borrachera por calles y bares a Ramiro...

Truenos y relámpagos. La acción se retoma. Marga con los brazos extendidos y riéndose cada vez más fuerte, se dirige hacia Madruga. Las diapositivas se van pasando y repitiendo cada vez más rápido, vertiginosamente, hasta dejar el rostro de Ramiro que va llenando todo el escenario; o los actores dicen los textos al mismo tiempo. Cuando Marga está por tocar a Madruga, apagón violento.

FIN

